

La última cerilla

Fran Vives

LA ÚLTIMA CERILLA



FRAN VIVES

Capítulo 1

«—¿Cuál es el parásito más resistente?
¿Una bacteria? ¿Un virus? ¿Una tenia intestinal? (...)
Una idea... Resistente. Altamente contagiosa.
Una vez que una idea se ha apoderado del cerebro
es casi imposible erradicarla»

De la película Origen

Incapaz de calcular el tiempo transcurrido, Juan Manuel decidió apearse del bus que ayudó a su atormentada mente a escapar de la ciudad. Era un jueves cualquiera para el resto del mundo, pero no para él. El vehículo se detuvo en un lugar extraño, lejos de cualquier aldea conocida. Lo eligió ella, esa neurona divergente que todos tenemos confinada en algún lugar esperando a ser liberada.

Agarrado todavía a la barra metálica de la puerta delantera puso, por fin, ante la insistencia del malhumorado conductor, un pie en el asfalto. Indeciso, observó el paisaje sin soltar el asidero y respiró profundamente. El fresco y oxigenado aroma de aquel rincón exuberante inundó sus fosas nasales permitiéndole, por un instante, dejar en segundo plano sus problemas. Un embriagador éter que a punto estuvo de hacerle perder el equilibrio cuando el vehículo, sin esperar a que hubiera descendido por completo, se puso en marcha con el mismo nerviosismo que su conductor. «¿Existirán en el futuro autobuses capaces de filtrar el estado de ánimo de quien los gobierne y mostrar así, siempre, una agradable respuesta hacia los usuarios?» se preguntó todavía conmocionado. Definitivamente hoy su mente divergía.

Una vez solo, comenzó a deambular sin rumbo como sus conexiones sinápticas y fue poco a poco dejándose fundir por aquel decorado que hoy lo llamaba. No tardó en encontrarse ante un camino fabricado en arena y barro, materiales creados por una madre tierra que se veía espléndida a finales de la primavera. Las lluvias de las semanas anteriores habían conseguido que la vegetación creciera en luminosos tonos verde claro. Encinas, fresnos y avellanos eran la antesala de bosques de castaños y robles. Todos ellos hacían que el paseo se sintiera apacible y enriquecedor, como si no fueran árboles sino sabiduría concentrada los que le estaban observando. Surcados de profundas experiencias que agrietaban sus cortezas, parecían meditar a su paso cual maestros conectados entre sí a través de una invisible red neuronal enterrada. Transmitían de esa manera, sin palabras, múltiples sensaciones que él no

era capaz de interpretar.

El agua recién caída abría espejos donde se reflejaban los árboles invertidos, remansos de arte natural que regalaban una bonita imagen simétrica del bosque y que le hicieron detenerse en alguna ocasión a observar su propia alma que hoy no reconocía.

Cansado de vagabundear o más bien falto de forma, se dirigió hacia unas moles de roca caliza que coronaban un cerro en una zona despejada. Allí se detuvo a tomar aliento y a observar el mundo a su alrededor. Mientras se recuperaba, cedió ante la seducción de los sonidos de la naturaleza de los que nunca había sido un ferviente admirador antaño. Absorbió el sano aliento de las montañas con sabores a madera y humedad, a calma y frescor, a flores e insectos. Observó como decenas de estos últimos, algunos muy coloridos, volaban a su alrededor como siguiendo el compás de una sinfonía interpretada por las plantas.

Desde aquel mirador, enfrascado en sus pensamientos, sacó un paquete de cigarrillos dispuesto a cambiar por completo la idílica estampa. ¿Qué le había llevado a tomar la decisión de llegar hasta allí, de dejar la ciudad y sus problemas?... Sin duda el miedo... Aquella cita inesperada a la que no había acudido... Llevaban dos semanas viviendo separados y se temía lo peor. Hasta entonces nunca había pensado en ello, pero ahora la incertidumbre lo corroía. No soportaría un alejamiento oficial y definitivo de su mujer y sus hijas. No deseaba divorciarse de ellas. Los últimos días habían sido los peores de su existencia, se había sentido terriblemente solo, como nunca y permanecía bloqueado y perdido. En su huida buscaba un estímulo que le devolviera la magia que tuvieron un día. ¿Qué había pasado con sus vidas?

Allí estaba, sin móvil ni reloj, sentado en algún lugar del intrincado planeta azul sin saber muy bien porque había acudido a su llamada.

En el tiempo en que estuvo interiorizando sus sentimientos y se disponía a sacar el dulce instrumento de relajación de su envoltorio, en un descuido, una urraca traicionera apareció de improviso y, como si no aprobase la escena, le arrebató el paquete de las manos.

Pasmado ante semejante gesto desvergonzado comprobó, con cierto alivio, como el animal se detenía en lo alto de un pequeño arbusto próximo con la cajetilla en el pico y desde allí lo miraba con turbadora inocencia. El ave ladeaba la cabeza como si quisiera que la siguiera en su juego. Su larga cola y sus elegantes colores le permitieron advertir que además del blanco y el negro con los que las asociaba, había surgido un espectacular tono azulado que brillaba con el sol como si se tratara de un metal precioso.

Se levantó y mientras avanzaba a su encuentro le devolvió una sonrisa convencido de que, tras la fechoría, soltaría su tesoro. Pero el córido no pretendía terminar tan pronto su travesura y se movió de un salto a una roca, desde la que se le quedó nuevamente contemplando. La volvió a seguir y el pájaro voló a un diferente promontorio un poco más abajo antes de voltearse hacia él de manera impertinente. Balanceaba la cabeza como si le hablara. Aquel comportamiento lo confundía y lo atraía a la vez. ¿Le estaría queriendo decir algo o acaso él había perdido la cabeza?

Continuó en su misteriosa trayectoria esperando poder recuperar su paquete. No parecía querer ir demasiado lejos. Aquel insolente animalillo le hizo olvidar por un momento sus actuales circunstancias.

Bajó las rocas y arbustos, a veces de manera abrupta, mientras pensaba que ya no era tan joven como para estar efectuando aquellas demostraciones de destreza y comprobó como el ave se detuvo finalmente en la rama de un arce añejo.

Una vez se aproximó lo suficiente descubrió que justo bajo la pícara urraca se abría la entrada a una pequeña gruta a cubierto de los rayos solares. Un estrecho agujero que el tiempo había cubierto de vegetación casi por completo.

En cuanto se sumergió bajo la sombra que caía del árbol su pequeño amigo, sin darle tiempo a reaccionar, abrió el pico y dejó caer su preciado objeto de deseo. Este desapareció irremediabilmente en la oscuridad de aquel agujero que de pronto en su imaginación tomó la forma de unas horrendas fauces que lo engullían.

Increpó a la villana que todavía lo miraba desde lo alto de la rama del anciano como si el juego no hubiera concluido y se agachó apoyado en un madroño arbustivo mientras acostumbraba los ojos a la oscuridad. Nervioso, examinó con recelo dónde habría ido a parar su preciado paquete. Aquel objeto cotidiano se había convertido de pronto en una pieza de arqueología única que lo encumbraría para la posteridad.

—¿Qué clase de juego es este? ¿No sabes que lo necesito? ¿Qué voy a hacer ahora pícara desvergonzada? —recriminó a la urraca que, sin saberlo, le había erigido en protagonista de una fábula de Esopo.

Antes de que su insólito contertulio pudiera contestar escuchó un chasquido y, sin tiempo para reaccionar, advirtió con terror como la rama que lo sustentaba se partía y le obligaba a adentrarse irremediabilmente de cabeza a través de aquella boca a los infiernos. Se protegió como pudo haciéndose un ovillo y cayó acelerando sin poder detener su movimiento durante un tiempo interminable en el que llegó a perder el conocimiento. En su descenso se golpeó en multitud de ocasiones y practicó algunos giros y volteretas. La cueva se hundía en las profundidades de manera

caótica y tiró de él como si lo absorbiera. Hasta detenerse al fin con la noción del espacio y del tiempo completamente perdidas.

Capítulo 2

Tan solo se respiraba silencio, la quietud era absoluta. Sus ojos continuaban fuertemente cerrados y su mente, vacía todavía, permanecía en letargo. Muy lentamente comenzó a despertar. ¿Qué había sucedido? Magullado y confuso, le pareció como si el tiempo transcurriera muy despacio, mucho más lento de lo normal. No sentía dolor, frío o calor, en realidad no sentía nada, como si su cuerpo hubiera dejado de pertenecerle. Aquella idea le hizo albergar la posibilidad de haber abandonado el mundo de los vivos. «Debo de estar muerto, eso lo explicaría todo».

En completa oscuridad decidió mover su mano derecha y esta milagrosamente le secundó en su idea. Con ella palpó su otro brazo... Allí estaba. El pelo, el cráneo, el rostro, la nariz, la boca... Justo en ese momento empezó a sentir dolor, sobre todo en la cabeza y la espalda, no podía estar muerto. Al instante una idea inundó su mente... ¡No sentía las piernas! Bajó la mano esperando notar la tela del pantalón, pero en su lugar dio con un frío objeto húmedo. El terror lo bloqueó... ¡Oh, Señor! ¡Había perdido las piernas! Una gran roca debía de habérselas aplastado.

Aquella idea le hizo estremecerse y acelerar el corazón que comenzó a bombear deprisa, la adrenalina lo inundó instantáneamente como el gas al inflar un airbag. Moriría de una larga agonía. Ni en sus peores pesadillas hubiera acabado de esa forma. Desesperado, intentó relajarse respirando profundo para pensar con más claridad. Así rezando de manera inconsciente y compulsiva palpó a su alrededor de nuevo tembloroso tratando de no sugestionarse por lo que pudiera encontrar. Tocó, deslizó y golpeó y tras unos interminables segundos de confusión en los que no hallaba registro mental de una situación parecida, advirtió, por fin, que había caído de rodillas y permanecía sentado sobre sus propias piernas.

Suspiró enormemente aliviado y abrió los ojos. Hasta ahora no lo había hecho. Esperó recibir algún estímulo visual, sin embargo, su cerebro dibujó un lienzo monocolor, uniforme. Se preguntó si se habría quedado ciego y se angustió de nuevo.

Esperó a ver sombras con el tiempo, pero las sombras no llegaron y se hundió psicológicamente.

Tampoco era capaz de encontrar el fichero cronológico que le había llevado a aquella situación. Buceó insistentemente en su aletargada mente intentando localizar el terrible y aparatoso accidente de tráfico que le había llevado hasta allí. Así fue cuando mientras profería todo tipo de vocablos malsonantes recordó al ave ladrona culpable de su desgracia. «¿Qué querría esa insensata burlona? ¿Sería una más de sus víctimas

confiadas?»

—¡Socorro! ¡¿Hay alguien ahí?! —gritó de pronto como un impulso inconsciente, aunque su voz no se extendía como él hubiera deseado. Estaba agarrotado.

Nadie contestó a ninguna de sus plegarias, ningún sonido secundó al suyo.

Cada vez se atormentaba más... «En una cueva a oscuras no voy a poder encontrar la salida», se repetía una y otra vez. «A tuestas estoy muerto. La gruta puede ser enorme. Un laberinto de recovecos, cámaras y pasadizos en los que me perdería irremediabilmente vagando sin rumbo». Acabaría desquiciado dándose cuenta de que iba a terminar sus días solo, atrapado en su propia tumba. «Jamás volveré a ver a mis hijas..., a mi mujer». De pronto, en aquella situación límite, se dio cuenta de que la seguía amando terriblemente y le aterró la idea de no volver a verla. Quiso llorar. Pensó que nunca lo encontrarían allí. Nadie sabía dónde estaba.

En esa vorágine de caóticas conexiones neuronales un destello de cordura lo inflamó. «¡El mechero!». Estaba salvado. No obstante, no tardó en recordar con enojo que se encontraba dentro del paquete de tabaco y que este había sido robado por la desgraciada malhechora. Su esperanza de hacer luz se había desvanecido.

Los nervios aceleraron su ritmo cardiaco, se negaba a sucumbir allí solo.

En medio de ese tormento una nueva idea fugaz recorrió su mente como un diminuto neutrino atravesándola. Él siempre guardaba escondida en la chaqueta una caja de cerillas como última opción en caso de agotar todas las posibilidades de conseguir fuego. Cosas de fumadores... Celebró su inteligente idea. Una idea que fraguó años atrás ante la desesperada circunstancia de no poder encender un cigarrillo por falta de gas en el mechero y de gente que pudiera ayudarlo. Fue de las peores sensaciones de su vida. Desesperado, se recordaba a sí mismo vagando en busca del fuego como los antiguos antepasados del homo sapiens. Nunca había sentido tanto la necesidad de llevarse un cigarrillo encendido a los labios como uno de aquellos terribles días en que no pudo hacerlo y se había prometido llevar siempre encima una cajita de mixtos para una situación de emergencia. La imagen onírica le hizo albergar una esperanza. Pensó que la suerte no lo había abandonado por completo. ¡Dios! ¡Como necesitaba un cigarrillo ahora!

Excitado por la revelación, se tocó la chaqueta con movimientos enérgicos esperando encontrarla. Y no tardó en conseguirlo para alivio de todo su organismo que, al unísono como una orquesta bien dirigida, se estremeció de satisfacción. Entre sus dedos deslizó una pequeña cajita de cartón con

el borde rugoso para poder hacer fricción con el fósforo de las cerillas. De ese modo la sintió entre sus dedos. Las endorfinas estimularon sus sensores del placer, por fin un respiro en su agotadora desgracia.

La zarandeó suavemente esperando escuchar algún eco que inundara su sentido del oído, aletargado hasta ese momento. Y efectivamente así ocurrió, un precioso sonido brotó como una sinfonía de Beethoven para sus tímpanos: el de las cerillas al sacudir rítmicamente como diciéndole que sí, que allí estaban para ayudarlo a escapar de su osada aventura. Detuvo el movimiento y la manoseó todavía cerrada saboreándola al tacto. Al no ver, había empezado a apreciar las cosas y a sentir a su alrededor de una manera diferente, mucho más intensa. El resto de sentidos se le habían hiperdesarrollado. Hasta podía oler el fósforo de las cerillas en el interior.

No obstante, antes de hacer ningún movimiento decidió preparar la estrategia. No quería empezar a encender cerillas y advertir demasiado tarde que, agotada su fuente de luz, había perdido la posibilidad de llegar a la boca del oculto valle que se lo había tragado, quizá para siempre. Los fósforos daban para muy pocos segundos y, además, alumbrarían solo unos pocos metros delante de él, por tanto, debía encender uno y rápidamente vislumbrar el siguiente acceso recorriendo la máxima distancia a oscuras hasta encender otro. Así, poco a poco ascendiendo, si no se perdía en pasadizos secundarios o se encontraba con un gran salto hacia arriba imposible de sortear, podría alcanzar la entrada. Para ello debía conocer el número de cerillas que disponía.

Abrió la caja muy lentamente preocupado porque no se le cayeran. Introdujo el dedo índice dispuesto a contar su número al tacto, muy despacio. Lo hizo una, dos, tres y hasta cuatro veces tratando de contar una más en cada nuevo intento. Sin embargo, en todos ellos el recuento le dio el mismo resultado. El corazón le lanzó una fugaz sacudida desesperada que lo angustió vorazmente... ¡En aquella caja solo quedaba una cerilla!

Los nervios volvieron a ocupar su cuerpo cual termitas en un fragmento de madera. «No puede ser —se negó a sí mismo— tiene que haber más o tengo que tener alguna otra caja». Cerró el pequeño estuche y escudriñó por completo los bolsillos de la chaqueta y del pantalón. Lo hizo minuciosa y obsesivamente. Pero, salvo por un paquete de chicles prácticamente agotado, un manojo de llaves y unas monedas, no portaba nada más con lo que hacer luz. Se dio cuenta además de que había tenido que perder la cartera en la caída. Demasiados nervios concentrados ese día. Su alegría se acabó tornando en desesperación. «Si hubiese traído el móvil», se lamentó.

«Al menos tengo una, peor hubiera sido no tener ninguna», acabó por convencerse. Por fin se dispuso a frotarla contra el canto de la caja.

Necesitaba ver al menos dónde se encontraba, tener una referencia de cómo era la cueva a su alrededor, en qué lugar se encontraría el hueco para comenzar la subida. Y entonces se le ocurrió: «¿Y si hace demasiada humedad para que encienda?... ¡Calla! Eso se verá cuando la frote», se contestó rápidamente. Volvió a prepararse para encenderla de nuevo. «¡No! Espera... ¿Y si intento encenderla y con el temblor de mis manos el fósforo se deshace o salta o se me cae? No habrá segundas oportunidades». No se dio cuenta de que estaba hablando consigo mismo como si de un monólogo teatral se tratara, solo que no se encontraba en el teatro ni él era actor. Comenzaba a perder la razón.

De una cosa estaba seguro, aquella cerilla era su única esperanza y no podía malgastarla.

Puso su mente de nuevo a razonar: «Podría quemar la chaqueta para ganar algo más de tiempo de luz y desplazarme con ella en llamas», pensó como una revelación. Aunque enseguida recordó que la piel natural era difícil de hacer arder y él solo tenía una cerilla. Podría simplemente desperdiciarla intentando prenderla y todo se habría acabado. Además, con el frío y sin aquella prenda lo iba a pasar muy mal si después no daba con la salida.

El miedo aumentó; miedo a la absoluta oscuridad que no cesaba y que lo había atrapado envolviéndolo como una tela de araña invisible; miedo a la incertidumbre; miedo a no poder salir de allí. Su corazón se aceleró más aún, pero esta vez no fue una descarga de adrenalina por un susto repentino, sino más bien un sentimiento profundo de miedo que había anidado en su interior. Podía sentir las gotas de sudor en su frente a la vez que el frío en sus piernas dormidas demasiado tiempo apoyadas en la fría roca.

Se puso a elucubrar con el tamaño y la forma de la cueva. Trató de calcular la distancia a la entrada repasando el tiempo que había permanecido cayendo y la manera en la que descendió con sus numerosos giros y espacios en caída libre y se dio cuenta de su incapacidad para calcularlo. El corazón le iba cada vez más acelerado. En la quietud total de la cueva empezó a escucharlo: tu-tum tu-tum. Podía imaginarlo como alguna vez lo había visto en televisión en alguna operación a corazón abierto, haciendo el sobreesfuerzo por bombear más sangre en menos tiempo, sobrepresionando sus arterias.

Pensar en su desenlace le mataba.

Con la cerilla en la mano comenzó a especular sobre dónde había caído. Podía haberlo hecho en un hueco de paredes lisas, como un pozo, sin posibilidades de agarre para superarlo. Aquello despertó su miedo a encender la cerilla y darse cuenta de sus verdaderas condiciones. ¿Y si había ido a parar a una pequeña cornisa que sobresalía de una enorme

pared vertical y se encontraba a medio camino en un equilibrio inestable en el que mover un solo centímetro de su cuerpo lo haría precipitarse al vacío? Quizá mover las piernas podría provocar un desprendimiento y quedar sepultado bajo toneladas de escombros en una muerte agónica y cruel; o resbalar y tambalearse hacia el abismo hundiéndose más en las entrañas de aquella caverna maldita. Mientras lo pensaba fue tensando sus músculos para evitar el desastre.

En aquel remolino de reflexiones yuxtapuestas un nuevo tipo de ideas alcanzó su mente: se le ocurrió que al prender la cerilla centenares de murciélagos podrían abalanzarse sobre él batiendo sus oscuras y membranosas alas desde las paredes de la gruta impidiéndole avanzar. Agarrándose a su pelo y su ropa, cubriéndolo por completo. Imaginó miles de ojos a su alrededor observándole y visualizó la cueva repleta de ellos. La imagen le horrorizaba. Agudizó los tímpanos al máximo para comprobar si era capaz de escucharlos o cualquier otro sonido que viniera de las entrañas de aquel lugar maldito y trató de no perturbar la quietud con su propia respiración o los latidos de su corazón cada vez más audibles. La tensión crecía en su interior y empezaba a ver imágenes irreales creadas por su subconsciente en aquella pantalla de perfecta oscuridad.

Posiblemente eran serpientes las que lo rodeaban como en las películas de Indiana Jones. Nervioso, las proyectó como a los murciélagos, lo estarían esperando para morderle en cuanto encendiese la cerilla; y ellas no harían ruido para avisar de que allí moraban.

¿Y si no era el único que había caído en aquel agujero y se encontraba rodeado de cadáveres que, como él, se habían despeñado por el foso? Sería espantoso encontrárselos de frente al hacer luz. ¿Dónde habrían ido a parar todas aquellas almas perdidas? ¿Seguirían allí atrapadas junto a él?

Entre pensamientos angustiosos, de improviso, con la cerilla todavía en la mano y la cajita en la otra lo escuchó por primera vez: un sonido de ultratumba muy lejano a su espalda le acababa de enviar una señal. Provenía del fondo de la cueva. Le dio a entender que, tal y como él había pensado, la caverna era bastante profunda y con seguridad estaba habitada. Definitivamente no se encontraba solo allí abajo. Estremecido, agudizó el sentido del oído e intentó contenerse para no desvelar su posición hasta saber de qué se trataba. El vello de su cuerpo se erizó y el noventa por ciento de su capacidad cerebral se puso al servicio de sus pabellones auditivos. Esperó volverlo a escuchar por espacio de muchos minutos, quizá alguna hora. En aquella completa oscuridad había perdido el sentido del tiempo, muy probablemente del espacio y empezaba a perder el sentido de la cordura.

«¿Sería una de aquellas almas en pena, el fantasma de algún muerto anterior a él?...», se descubrió pensando de pronto. Un ente semitransparente vagó por los túneles de aquella cueva con expresión terrorífica dirigido desde su propia mente. Algo que le hizo sentirse francamente peor. El calor comenzó una abrasadora sensación desde dentro. «Pero no..., debe de ser algo físico...», reflexionó con cierta cordura.

Y, como si lo hubiera predicho, aquel aterrador sonido retumbó de nuevo, algo más cerca esta vez. Ya no había duda, alguna criatura caminaba a su encuentro.

Hasta ahora no se había imaginado más que animales pequeños, pero aquel eco empezó a despertar la idea de que fuera algo grande. «¡Un lobo!... No, no, los lobos no habitan en cuevas... ¿O sí?». En su mente surgió un gran lobo con los ojos ensangrentados enseñando sus colmillos completamente erizado y le infundió un miedo terrible.

Quería salir corriendo, pero ¿cómo? Volvió a sentirlo por tercera vez. Definitivamente aquella criatura ya no se oía tan lejana y con una única cerilla en la mano de unos pocos segundos de tiempo se encontraba atrapado sin escapatoria posible. Encenderla ahora, además, daría el aviso de que allí estaba. Ya no podía más que esperar. Una gran gota de sudor le recorrió la frente, la mejilla y le resbaló por el mentón. A ella le siguieron otras.

Su respiración se hacía cada vez más rápida y enérgica como si le faltara el aire, a pesar de que trataba de minimizar su propio ruido en busca de los signos de aquel posible vecino de celda. Se tapó la boca para no escucharse a sí mismo, pero el aire que no podía evitar que saliera de su tráquea deslizaba entre los dedos de manera mucho más escandalosa.

Había conseguido que su cerebro en estado de alerta límite dejase de escuchar las partes de su organismo que no eran imprescindibles para la tarea de localizar aquello que se dirigía hacia él, evitando así cualquier interferencia que pudiera distraerle. De ese modo, sin darse cuenta, había dejado de sentir dolor o frío. Algo se dirigía hacia él y era lo único que le importaba. Deseaba que no siguiera avanzando y rogaba para que el animal no reparase en su presencia.

De nuevo, más cercano, pudo distinguir con claridad roces y pasos sobre la roca, incluso algún tipo de respiración expulsando aire como el resoplido de un caballo... o de un... ¡Oso!... En aquellas montañas los había. El miedo se tornó en terror absoluto. Un oso podía perfectamente despedazarlo y desgarrar su carne como un cuchillo la mantequilla. Se achicó sin llegar a moverse bloqueado por el terror y rezó para que pasara

de largo o se dirigiera a alguna otra parte de la cueva.

Se imaginó un gran oso pardo con su pelaje marrón dorado, enorme y salvaje, hambriento, caminando mientras olisqueaba por los pasadizos de la cueva siguiendo su rastro. Lo alcanzaría inevitablemente en poco tiempo si continuaba su avance. Solo quería desaparecer. Comenzó a escuchar la respiración del animal más seguida y sus pausados pasos más cerca. Agarrotado, únicamente podía esperar a que aquel animal no lo detectara o no lo viera como comida.

En la soledad de la cueva se estaba engañando a sí mismo, su subconsciente sabía muy bien que el olor lo atraería hacia sí, si no lo hacían antes sus jadeos. En realidad no era miedo, era pánico lo que sintió cuando lo volvió a escuchar demasiado cerca. Debía de estar ya a escasos metros de él. Definitivamente era un oso. ¿Qué podía hacer para luchar contra aquella bestia? Se hallaba a su merced. Con el fósforo intacto en una mano y la superficie de fricción para encenderla en la otra temblaba sin poder evitarlo y jadeaba tratando de que no se le escuchara demasiado en una batalla contra sí mismo, sin embargo, su corazón era como una sirena indicando que allí estaba. Tu-tum tu-tum.

Capítulo 3

De esa manera, petrificado de rodillas, con su pequeña maldita cerilla en la mano y dándole la espalda a su destino de repente escuchó voces. Voces humanas que provenían de arriba. Por un momento le costó procesar la nueva escena que llegaba a sus oídos hasta que, aún aturdido, su cerebro reaccionó. ¡Eso era bueno!... «¡Ayuda!... ¡Aquí, estoy aquí!», quiso gritar, aunque el aire no escapó de entre sus labios.

Al menos aquellas voces le hicieron olvidarse por un momento del depredador que le seguía desde la retaguardia, quizá consiguieran alejarlo.

El sonido de arriba llegaba muy débil, como un murmullo entrecortado. Todavía no podía entenderles, pero estaba seguro de que eran varias personas. En su propia situación desesperada de pronto un sentimiento de felicidad le embargaba. ¡Estaba salvado!

Mientras intentaba agudizar el oído, quiso determinar cuántas horas o días había permanecido en la misma posición inicial para cuando debiera dar explicaciones. No obstante, extraviado en su propia anomalía temporal había perdido por completo la secuencia del pasado y el presente y en su mente se confundían. Los seguía escuchando, aunque de momento no alcanzaba a distinguir ninguna luz a pesar de haber abierto los ojos. Debían de estar todavía lejos de donde él se encontraba.

Esperó, el miedo no se había ido de su cuerpo y aguardaba con ansias oír como aquellas voces acrecentaban su potencia lo suficiente para poder hacerles señales con el fuego de la cerilla que seguía manteniendo preparada para su rescate. No había vuelto a escuchar al oso y eso alivió su mente, aunque con el tiempo se empezó a dar cuenta de que aquellos hombres no parecían tener intención de bajar hasta él y comenzó a impacientarse. ¿Y si se iban y lo volvían a dejar solo? No podía permitirlo, los necesitaba. De esa forma, a pesar de no percibir luz alguna, decidió entrar en acción, tratar de avisarles, hacer ruido, desbloquear su mente que no le dejaba transmitir sonidos a una garganta paralizada. Si él los escuchaba pese a su lejanía, ellos deberían hacerlo también.

—¡Hey! ¡Aquí! ¡Estoy aquí abajo! —gritó como pudo.

No le escucharon. Los sentía conversando entre ellos, ajenos a él y muy distantes todavía. Quizá estuviesen en la boca de la gruta sin intenciones de entrar.

«A que se van y no me localizan».

—¡Aquí! ¡Estoy aquí! —repitió con todas sus fuerzas.

Sin embargo, la realidad era que ni él mismo era capaz de escuchar su propia voz, Como si sus cuerdas vocales no quisieran vibrar a la frecuencia ordenada por su cerebro.

Aquellos hombres seguían sin hacer visible el pozo en el que se hallaba, la cueva definitivamente debía ser muy profunda. No era capaz de entender su conversación todavía y eso que había agudizado su sentido del oído de una manera muy intensa el tiempo que había permanecido a oscuras. Tenía que convencerles de que fueran a por él.

—¡Socorro!... ¡¿Me oyen?!

Quedó alerta... Nada... No daba la impresión de ser escuchado. Por fin tomó la decisión de salir corriendo en su busca antes de que desaparecieran de la cueva y lo abandonaran de nuevo con el oso, aun a riesgo de perderse por aquellas galerías. Ellos habían sido el revulsivo que necesitaba para perder el miedo a deambular por los oscuros pasadizos de la caverna. Para ello encendería finalmente la dichosa cerilla y con ella alumbraría sus pasos para huir hacia arriba velozmente hasta que esta se apagara y él pudiera al menos seguir sus voces a ciegas. Sí, eso haría, esta vez tenía una referencia que le guiara para escalar hacia la libertad.

—¡Mételo ahí!

De pronto todo cambió. Por fin entendió algo de lo que decían.

Frenó en seco sus ansias y hasta su respiración. La voz había sonado muy ruda, de aquellas que no parecían demasiado amigables. No era lo que él esperaba. Tragó saliva.

—¡Entra, desgraciado! ¡Y no te atrevas a intentar escapar, aquí nadie puede oírte!

Las violentas palabras fueron acompañadas de un fuerte golpe y varias risas maliciosas. Definitivamente no parecían buena gente.

Aquella escena perturbadora fue secundada por un grito lejano, un aullido desgarrador que no le ofreció lugar a dudas, alguien había quedado encerrado en aquella gruta con él.

El panorama oculto a su vista había dado un vuelco de ciento ochenta grados. ¿Quiénes serían esos tipos?, se comenzó a preguntar con el temor recorriendo sus venas una vez más. ¿Qué clase de personas confinarían a alguien en un lugar como este? «¡Joder!... ¡Joder!». Por la crudeza de aquellos ecos lejanos habían tenido que recluir a otro desgraciado en alguna de las múltiples cámaras de la caverna. De nuevo le atemorizó

hacer ruido, hacer notar su posición y que le encontraran a él también allí agazapado. Y mucho más avivar señales luminosas. No se iban a tomar demasiado bien haberles sorprendido en un acto delictivo. Necesitaba confirmar sus temores, de ese modo vació su mente de pensamientos y aguardó.

Todos sus planes de rescate se acababan de ir al traste y de nuevo la opresiva sensación de desear encogerse y desaparecer lo dirigía.

No quería creerlo. ¿Y si no había oído bien sus palabras? ¿Y si eran demasiado lejanas para entenderlas correctamente y las había confundido? ¿Cómo iban a haber encerrado a alguien allí? No podía ser, no tenía lógica.

—¡Ahí te quedas! ¡Volveremos para terminar contigo!

De nuevo las risas acobardaban a aquel pobre desgraciado y a él agazapado en las sombras. Sus preguntas fueron contestadas, sin duda eran reales y esta vez las escuchó perfectamente.

Volvió a faltarle el aliento y a delatarse a sí mismo con su propia angustia. Era increíble que aquello le estuviera pasando a él. En un último pensamiento lúcido se dijo que una vez se hubieran marchado podría tratar de comunicarse con aquel desventurado y encontrar así la salida con su ayuda, liberando a ambos.

Comenzó a fantasear, el escalofriante pasaje llegado a sus oídos desde las paredes de la cueva podía perfectamente provenir de un grupo de piratas de una época temprana. Habían raptado al capitán de un navío y aquella caverna, donde él había ido a parar por pura casualidad, era su guarida. A su mente le asaltaron ataviados con vestimentas de la época, sucios, con harapos y pañuelos atados a la cabeza y sin demasiados dientes ni escrúpulos. Cargados de cuchillos y trabucos y quién sabe si defendiendo algún tesoro en una cámara llena de esqueletos sacrificados. En la oscuridad de su cueva los vislumbró como unos desalmados personajes sin compasión capaces de las peores atrocidades. Probablemente como jueces de la Inquisición que hubieran capturado un hereje, ahora irían a practicar sobre el incauto todo tipo de torturas a cual más inhumana. Por su mente pasó la rueda de estiramiento, el potro de torturas y el péndulo de Poe, fotos grabadas profundamente en su psique. Y comenzó a temer encender la cerilla y verse rodeado por sangre derramada y elementos de tortura medievales.

La oscuridad lo acabó atenazando una vez más, aquella oscuridad tan poco amiga, tan horrible, tan llena de matices desagradables que se cerraban a su alrededor oprimiéndole el pecho impidiéndole respirar.

Definitivamente se estaba volviendo loco. Su imaginación parecía extralimitarse, pero algo le decía que aquellos hombres eran verdaderos piratas del siglo XXI, secuestradores o contrabandistas. Nadie decente se veía rodeado hoy en día de semejante violencia.

Mientras su cerebro se debatía entre la locura y la lucidez, en uno de los breves instantes en que esta última lo gobernaba, le pareció hallar el significado a todo esto. Se convenció de que no podían ser seres reales y una nueva idea marcó su mente. Muy probablemente lo que había percibido era una escena de algo que aconteció en aquella misma y desdichada cueva, pero cientos de años en el pasado que quedó impregnada en las paredes del malévolos agujero infernal... La cueva tenía su propia historia que contar y lo estaba haciendo en forma de secuencia paranormal de un suceso muy intenso acaecido en una época lejana.

De nuevo sus miedos en completa y fría oscuridad.

Todavía escuchaba sus desagradables voces apagadas como ecos de una pesadilla distante. Casi podía oler el alcohol que aquellas sucias bocas evaporaban y contemplar sus ojos ensangrentados. Y mientras dilucidaba sobre su propia cordura, el pánico le recorrió la piel desde la fría roca temiendo que se le acabaran apareciendo.

Paralizado de nuevo con su única compañera en la mano y de rodillas esperó en silencio al siguiente paso de aquella cueva que parecía tener vida propia. Hasta que por fin los sonidos se acabaron por perder en la lejanía. Se retiraban por fin. Cierta satisfacción reprimida se superpuso al resto de emociones.

Absorto en sus pensamientos, repentinamente lo escuchó de nuevo detrás de él. Se había olvidado por completo de aquel estremecedor sonido producido por los lentos movimientos del plantígrado en las entrañas de la caverna y su respiración. ¡Dios mío! Le pilló por sorpresa todavía tratando de discernir si aquellos hombres eran o no espectros. Algo andaba de nuevo a su espalda. Se le congeló la sangre. Esta vez la adrenalina se repartió tímidamente por todo su cuerpo, no debía de quedarle demasiado volumen de aquella hormona después de tantos sobresaltos sufridos. Sintió su aliento y escuchó aquel resoplido característico. Estaba muy próximo a él, no había huido pese a las voces como él había conjeturado. Cerró los ojos con fuerza e inspiró profundamente.

Claramente el destino parecía querer jugar con él y haberlo abandonado a su suerte y de súbito escuchó un nuevo grito. ¡El reo se lamentaba! El nerviosismo le absorbió de nuevo, aquel hombre podía ayudarlo. La tensión en su pecho quería abrirse camino atrapado entre dos mundos: uno lo mataría irremediablemente, el otro podía ser su salvación.

No tenía tiempo. Debería de encender la cerilla y levantarse gritando, haciendo el mayor ruido posible para asustarlo y que el otro hombre supiera de su existencia y chillara con él, sin embargo, en cuanto notó el frío hocico del animal en su nuca, se le erizo el vello y sus tendones no fueron capaces de secundar sus pensamientos. Presa del pánico, lo único que alcanzó a hacer fue apretar los ojos, tensar los músculos un poco más y rezar.

Pudo sentir a la perfección los lentos movimientos de cabeza y las fosas nasales del carnívoro como si estuviera olisqueando aquel osado que perturbaba la paz en sus dominios. Le oyó expulsar el aire por la nariz mientras inspiraba para captar aquel extraño olor que él desprendía.

Tras un largo y angustioso silencio percibió una ligera brisa en la piel de su cuello que lo hizo estremecerse. Una bocanada de aire cálido y húmedo exhalado sin duda por las fosas nasales de la enorme criatura. Había llegado su hora. Indefenso e insignificante no era rival para aquella bestia sedienta de sangre. Sintió una vez más el tacto húmedo del hocico del animal bajo su oreja derecha y lo escuchó resoplar de nuevo antes de hacer lo mismo en su lado izquierdo. ¡Dios! En aquella posición esperó el zarpazo del animal. El terror lo había asolado definitivamente y le hizo comprimir aún más los párpados con fuerza. Sus uñas se clavarían en su carne sin esfuerzo y deslizarían hacia abajo abriendo su cuerpo de lado a lado. Ya no le quedó más que desear que fuese rápido para no sufrir un dolor atroz.

No podía ofrecer resistencia alguna, sabía que no era rival para aquella enorme criatura y finalmente, cansado de todo, su propia mente se relajó. Había permanecido demasiado tiempo aterrorizado. Para qué seguir sufriendo si ya conocía su destino. Una nueva sensación le invadió. Había llegado su hora y por fin lo aceptaba con serenidad. Perdió definitivamente ese miedo que lo había estado atenazando durante demasiado tiempo y que había manejado su conducta desde que la incertidumbre de acabar abandonado en aquella cueva lo atrapara como la red de un reciarío romano. Entendió que este era su lugar, aquel donde reposarían sus huesos. Sus neuronas dibujaron al fin una ligera mueca de aceptación, alivió su cuerpo tensionado y afrontó su suerte.

En ese momento el enorme úrsido se puso en pie sobre sus patas traseras, lanzó un gran alarido detrás de él, que continuaba arrodillado de espaldas en completa oscuridad sin soltar su cerilla, y lo despedazó de un solo zarpazo. Una vez en el suelo lo terminó de desgarrar con sus propias fauces. Poco iba a desperdiciar de aquella cena inesperada.

Fue rápido, Juan Manuel no experimentó dolor, al contrario, extrañamente sintió mucha paz. En sus últimos instantes la vida pasó por su córtex como un film a cámara rápida y se dio cuenta de que no había sido tan horrible como él la recordaba, había cosas que merecieron la pena. Así,

sin odios ni rencores hacia nadie y mucho menos hacia su verdugo, que al fin y al cabo lo haría para alimentar a su camada, se dejó llevar. De alguna manera murió satisfecho y en paz consigo mismo.

Y hasta consiguió ver el túnel. Era tal y como se lo había imaginado alguna vez, con la misma intensa luz al fondo que lo atraía.

Capítulo 4

El domingo Samuel y Julián habían salido de excursión a la montaña.

Un nuevo fin de semana que su hermano lo convencía para hacer algo que él nunca habría elegido. Habían nacido de la misma madre, pero eran enormemente diferentes. Nadie se creía en realidad que fueran hermanos. Todavía se preguntaba que hacían a tantos kilómetros de cualquier lugar civilizado sin posibilidades de rescate si a ambos les pasaba algún percance. Era incapaz de entender cómo se las ingeniaba siempre para convencerle de seguirle en sus locuras. Y allí estaba, preparado para sumergirse en las entrañas de la tierra sin pedirle antes permiso.

—¡Samuel que haces, es peligroso!

—¡Parece seguro!... ¡Ya estoy llegando abajo! ¡No me hagas regresar de nuevo! —le recriminó.

Su hermano era imposible. No, no estaba aprobando su decisión.

—¡Julián!... —De pronto un silencio enigmático emanó de la profunda oscuridad dejando a Julián angustiado.

—¿Te has caído? —preguntó con preocupación.

Como tuviera que sacarlo él solo... Se lamentó Julián mirando hacia el oscuro abismo.

—¡No! ¡Ven a ver esto! —gritó finalmente Samuel desde las sombrías lómitas de aquella herida abierta. Su voz retumbaba débil allí arriba.

—¡Ya te he dicho que me da miedo bajar ahí! ¡Antes me he resbalado y ahora me duele la pierna! —declaró Julián asomado a la boca de la cueva.

—¡Julián, esto lo tienes que ver! ¡Hazme caso! ¡Pon el pie a la derecha del todo, sobre el borde de la roca que sobresale y deslízate con el trasero, es la peor parte, luego está mejor!

Julián inspiró con fuerza.

—¡Vale, tú ganas, ya voy! —se resignó sin demasiado ánimo mientras se preparaba para intentarlo de nuevo.

Esperaba no matarse o terminar por romperse algún hueso. Siempre acababa claudicando ante las imprudencias de su hermano, era

demasiado débil.

Julián encendió la linterna que había sacado de su mochila verde militar y muy a su pesar se dispuso a descender por el agujero.

—¿Has encontrado lo que perdió la urraca? —voceó desde arriba.

—¡He encontrado algo mucho más escalofriante!

¿Qué sería eso?, se preguntó Julián mirándose el pie que colgaba delante de él y que estaba a punto de deslizar para cruzar el umbral. No le daba muy buena espina lo que podía descubrir allí abajo. Quizá la urraca les estuviese avisando de que algo dramático había acontecido en aquella gruta abandonada.

—Espérame aquí, amiguita, veremos qué buscabas.

El córvido observó cómo se adentraba el segundo hombre mientras inclinaba la cabeza desde la rama del árbol como ya hiciera alguna otra vez antes. Debía de pensar que los humanos eran muy extraños para no querer salir de aquel lugar.

—En el hueco con agua, entre dos escalones rotos, tienes lo que buscaba el animal... Es triste —expuso Samuel desde el fondo.

—Oh, ya lo veo... Vaya, sí, qué lástima...

Se agachó para comprobar.

—Su pequeño debió de caer al agujero y no fue capaz de regresar sin saber volar todavía.

—La madre todavía sigue tratando de salvarlo. Parece mentira lo inteligentes que pueden llegar a ser este tipo de aves.

—Muy cierto, son casi humanas. Es asombroso como nos atrajo hasta él... Luego se lo llevaré para que llore su muerte. —Julián apartó al pobre polluelo y continuó el descenso.

—¡Vamos, date prisa! —le gritó su hermano impaciente.

—¡No me fuerces, eso me falta!

Julián continuó con cautela y a regañadientes por aquel túnel vertical y sinuoso.

—Por fin, aquí estás... —Se alegró de ver a su hermano a la par que inspeccionaba con la linterna las paredes de lo que parecía una pequeña

bóveda. Se había colocado detrás de Samuel y echaba, como él, vaho por la boca al respirar; el frío era intenso allá abajo—. ¿Qué será esto?

—Es como si fuera una mina abandonada, como si alguien hubiera seguido una veta. Desde luego con esta temperatura cualquier cosa que almacenases se conservaría en perfectas condiciones.

—¡Ostia!... —De pronto, Julián, horrorizado, dio un paso atrás. Acababa de darse cuenta de lo que yacía a los pies de su hermano—. ¿Qué es eso?... ¡Samuel!... ¡¿Es lo que yo creo?!

—Sí, Julián... Debe de ser un cadáver.

—Pobre hombre... —se lamentó mostrando repugnancia con el rostro—. Que desagradable... ¿Quién será?

—Toma, encontré un paquete de tabaco y su cartera más arriba.

—¿A ver? Dame...

—¿Será el hombre de las noticias de esta mañana al que buscaba su mujer?

Julián escudriñó los documentos que encontró en la cartera.

—¡Sí que es!... —manifestó tras un par de segundos—. Pues ella parecía muy preocupada —agregó recordando—. Me dio envidia ver el cariño y el apoyo de su esposa. Parece que se querían bastante.

—Y mira como ha acabado...

Los dos hermanos meditaron sobre la desagradable conclusión de la historia que estaban contemplando.

—¿Qué le habrá pasado para terminar así? No tiene sentido...

—Debió de caer huyendo de su destino —alegó Samuel sin demasiada comprensión por lo que pudiera haber sucedido.

Ante la atónita mirada de ambos hermanos que no daban crédito a la escena, el cadáver rígido y ensangrentado de un hombre completamente vestido se sostenía de rodillas cara a ellos. La visión era perturbadora y extraña. Mantenía los ojos cerrados, una cerilla en la mano y una cajita de mixtos en la otra y se situaba a un metro escaso de los pies de la escalera que ellos todavía no habían descendido por completo. Permanecía detenido en el tiempo en aquella pequeña oquedad irregular de no más de diez metros cuadrados sin más accesos que el que ellos habían utilizado.

No parecían encontrar explicación a la imagen que tenían delante.

—¿Qué hace a los pies de la escalera mirándola de rodillas? —se preguntó Julián.

—Fíjate lo que sujeta entre los dedos —comentó Samuel.

—Una cerilla, está intacta, ¿por qué no la prendió?

—Quién sabe. Le hubiera indicado fácilmente la salida... Solo tenía que subir las escaleras. No parece ahora tan difícil, incluso a oscuras.

—Por la caja vacía da la impresión de que era la última que le quedaba. Pero sigo sin entender...

—Apaga la linterna —pidió Samuel.

—¿Para qué?

—Tú apágala.

Ambos lo hicieron.

—Ya...

Se hizo un profundo silencio.

—¿Qué? No se ve nada.

—¡Exacto!... Aquí abajo no llega la luz del exterior, es perturbador, ¿no te parece? —indicó Samuel volviendo a encender su luz.

—Pues tienes razón, acojona.

—Quizá le dio un ataque o murió de miedo al verse perdido y solo. ¿Cuánto tiempo crees que ha permanecido así?

—No debería de ser mucho, si no, no se podría estar aquí del olor. Voy a comprobar...

Julián se levantó y se dirigió hacia el cadáver. Lo observó muy de cerca, lo tocó débilmente, le tomó el pulso y lo escudriñó ante la atenta mirada de su hermano. A pesar de estar agarrotado su piel se hundía al presionarla con los dedos. Acercó su oído a las fosas nasales, a la boca y trató de encontrar alguna señal inesperada. Le abrió los párpados...

—¡Samuél! ¡Este hombre está vivo! —exclamó de repente ante la increíble

sorpresa de quien lo observaba sin dar crédito a sus palabras.

—¿Qué estás diciendo? No puede ser.

—¡Te digo que sí...! ¡Sus pupilas...! Ven a comp...

De repente, los labios de Julián dejaron de expulsar aire silenciando con ello cualquier sonido vocálico. La adrenalina se disparó en su torrente sanguíneo. Algo había agarrado su brazo como una tenaza implacable y lo sujetaba con fuerza.

Capítulo 5

Julián, con el miedo dominando su organismo, volteó la cabeza de manera instantánea. Tardó apenas un segundo en darse cuenta de lo que estaba ocurriendo y al hacerlo lanzó un grito desgarrador que retumbó en la cavidad de roca amplificándose. Samuel se asustó sin entender desde su perspectiva qué estaba ocurriendo.

Juan Manuel, completamente poseído, inmovilizaba el brazo de Julián; había abierto los ojos y con expresión terrorífica lo observaba a escasos centímetros. La angustia trepó por el cuerpo del hermano menos intrépido como un impulso electromagnético provocando que el pánico se apoderara de él. Instintivamente tiró de su extremidad con fuerza hasta conseguir zafarse de la presa. Tras lo cual, sin dejar de gritar, arrancó a correr y embistió a su hermano quien tuvo que esquivarlo para no caer. Samuel enfocó su linterna al insólito hombre que se mantenía estático de rodillas y con terror observó como su expresión desfigurada dirigía la mirada hacia él. Era como estar frente a una aparición espectral. Entendió el pánico de su hermano y salió corriendo escaleras arriba en persecución de este como si ambos hubieran visto al mismísimo Belcebú.

No pararon hasta llegar a la boca de los infiernos y ser expulsados de esta como si los hubiera vomitado. Solo consiguieron detenerse cuando se sintieron a salvo tras unas rocas lo suficientemente alejados de la sima y el arce.

Apostados de ese modo, dirigieron la mirada hacia la gruta, esperando ver salir un animal desbocado. Sin embargo, tras largos segundos nada ocurría y empezaron a calmarse.

—¿Qué ocurrió?

—Me agarró el brazo, ¿no lo viste?

—Cuando te marchaste quedó inmóvil —musitó Samuel—. Debió de ser un acto reflejo. Quizá producto de su propio estado. Como un animal herido que se revuelve cuando intentan ayudarlo.

Julián tardó en contestar sin dejar de respirar con fuerza.

—Sí, creo que tienes razón, pero menudo susto me ha dado.

El sincronizado ritmo cardiaco de los dos hermanos todavía continuó disparado un buen rato. Ninguno se atrevía a moverse, aunque Julián era sin duda el más afectado.

—Dios mío. Ha sido una locura, ¿y ahora qué? ¿Tú crees que seguirá inconsciente o se habrá despertado definitivamente?

—No tengo idea —reconoció Samuel—, al menos parecía estar vivo.

—Tengo la sensación como de acabar de ver un fantasma.

—¿Y si lo era?

Ambos se miraron incrédulos.

—Voy a bajar —dijo el más audaz.

—¿Estás loco?! Ya has visto lo que ha pasado. ¿Y si te ataca?

—Llevamos varios minutos y no se oye nada, aquí no sale nadie. Tú vigila y yo bajaré a comprobar si ha podido moverse. Iré con precaución no te preocupes —le dijo con un gesto de calma—. Recuerda que no tiene luz. Si no he regresado en quince minutos llama a emergencias.

Julián no aceptaba su decisión, como casi nunca. Todavía no se había podido quitar el susto que llevaba en el cuerpo y no soportaría otro.

Samuel salió de entre las rocas de granito y con la mano apaciguó a su hermano para que se quedara allí apostado mientras él iba a explorar. Caminó bajo la sombra del arce, alejándose de Julián quien se debatía entre quedarse o salir a detenerlo, hasta alcanzar el oscuro agujero que ahora más que nunca daba la impresión de tener vida. Esta vez se lo pensó mucho antes de decidir dejarse engullir por aquella abertura misteriosa.

Se apoyó en el borde y enfocó con la linterna aguzando el oído. Con prudencia se fue introduciendo en él y se perdió en la oscuridad ante los ojos de su hermano, a quién verlo desaparecer le disparó la adrenalina de nuevo.

Julián salió de su refugio improvisado en cuanto pudo olvidar el susto inicial y se acercó a la cueva. No se escuchaba nada y al asomarse no vio ninguna luz. Demasiada quietud le hizo perder la paciencia. Con el teléfono en la mano no pudo aguantar más y avisó a los servicios de emergencias. Les explicó que había alguien herido tras caer al interior de una cueva y que además parecía comportarse de manera violenta. Por suerte pudo darles la posición exacta desde su aplicación GPS.

Las últimas palabras de la operadora lo tranquilizaron, estaban de camino.

Samuel llegó al final de las escaleras tras varios minutos de descenso pausado. En tensión, fue en todo momento preparado para salir corriendo escaleras arriba. Enfocó con la linterna todavía desde los escalones y se llevó un susto inesperado. ¡La cueva estaba vacía!

Ni rastro de Juan Manuel. Eso solo podía significar dos cosas: que hubiera escapado por algún lugar desconocido o que fuera en verdad un fantasma. Desde las escaleras decidió recorrer la cavidad en busca de algún recodo. Su razón le impedía normalizar aquel hecho.

Los minutos se hicieron eternos para Julián mientras esperaba solo. Su hermano no salía de aquel agujero ni daba señales de vida y comenzaba a desesperarse. No estaba dispuesto a bajar a la sima de nuevo y nervioso deambulaba por los alrededores sin poder detener sus piernas, Se lamentaba en voz baja como un loco en un manicomio y la siguiente vez que llegó a la abertura comenzó a gritar a su hermano desde la entrada. Ya no era capaz de esperar.

No recibió respuesta alguna y eso disparó sus temores.

Alterado, dio otra vuelta por el claro y con los nervios a punto de sobrepasarle escuchó un sonido lejano que se fue haciendo poco a poco más audible. Se movió hacia la zona despejada de vegetación y comenzó a hacer señales.

El ruido se hizo ensordecedor. Les señaló insistentemente la cueva bajo el árbol y, nada más hacerlo, de aquel hueco salió como una exhalación una sombra oscura encorvada corriendo en dirección hacia él. Parecía un gran animal rabioso. Julián, desprevenido, apenas tuvo tiempo de reaccionar. Intentó echarse a un lado, pero aquel toro embravecido con movimientos desordenados se le tiró encima y lo derribó. Mientras caía de espaldas escuchó el sonido seco de un disparo. Desde el helicóptero alguien había apretado el gatillo. La criatura endemoniada cayó sobre él.

Sintió su pesado cuerpo oprimiéndole. Con el miedo aun en el cuerpo hizo el esfuerzo de empujarlo hasta quitárselo de encima. Fue como desembarazarse de un peso muerto. No se movía. Al observarlo pudo ver a un hombre cubierto de ropajes oscuros a su lado, inmóvil, inconsciente. Era Juan Manuel, de nuevo sin vida aparente.

Julián, confuso y encogido por los nervios, observó como del helicóptero se descolgaban dos especialistas que se dirigieron hacia donde él se encontraba junto al hombre de la cerilla desvanecido.

—¡Mi hermano! —les indicó—. ¡Está en la cueva! —No lo había visto salir todavía y se temía lo peor.

Uno de los rescatadores se quedó con la víctima que no tenía más que un par de rasguños y un gran susto y el otro se sumergió en el agujero afianzando unas cuerdas en la entrada.

Julián se sentó en la hierba y mientras lo examinaban observó a Juan Manuel con diversidad de sentimientos.

—¿Está muerto?

El agente negó con la cabeza.

—Tiene un disparo en la pierna, nada grave, se recuperará. No entiendo por qué se ha desmayado —dijo el hombre sorprendido mientras comprobaba la herida—. La bala le ha atravesado limpiamente sin tocar el hueso. Le voy a detener la hemorragia.

—Cuando lo encontramos abajo estaba inconsciente. Creo que debió de sufrir algún tipo de shock severo. Temo por mi hermano, quizá lo haya atacado.

—No te preocupes, enseguida lo sabremos.

A los pocos minutos el segundo rescatador asomaba por el hueco de la caverna y detrás de él, atado a la cuerda, ascendía Samuel por su propio pie.

—Lo encontré tumbado, ha recibido un golpe, se ve que lo asaltó a él también —describió el segundo rescatador.

—¿Estás bien? —preguntó Julián abrazándose a su hermano.

—Sí, sí, tranquilo, es solo un chichón. El muy... Me estaba esperando escondido en una oquedad de la pared. Se abalanzó sobre mí en cuanto decidí pisar suelo y debí golpearme al caer.

—Lo importante es que estamos bien.

—¿Cómo está él? —Samuel se interesaba por el extraño personaje.

—Se ha desmayado. Le han disparado cuando se echó sobre mí. Recibió un tiro en la pierna.

—¡Vaya! Pobre hombre. ¿Qué tendrá? ¿Qué le habrá pasado? —preguntó reflexivo sin entender nada.

—Ha tenido que ocurrir algo ahí abajo que lo ha vuelto loco —conjeturó

Julián.

—Yo creo que estaba asustado. Eso de pasar varias noches encerrado y solo, ha debido trastornarlo.

—Ahora me da pena, pese a lo que nos hizo. No creo que fuera consciente. ¿Tú viste la expresión de su cara? Parecía fuera de sí.

El helicóptero de rescate aterrizó en la azotea del hospital con Juan Manuel asegurado a una camilla a las pocas horas de la llamada de emergencia de Julián.

Los hermanos pese al susto y a los golpes que ambos se llevaron se preocuparon en todo momento por su estado. .

Cuando el cuerpo de rescate comprobó las constantes vitales de Juan Manuel en la montaña, apenas tenía un hálito de vida. Sus latidos se habían ralentizado a valores prácticamente inconcebibles para la vida que sorprendieron a los profesionales y su respiración era un ligero flujo de aire apenas perceptible. El disparo lo había regresado al estado de parálisis en el que lo encontraron en la cueva. Claramente había sufrido una variante de la catalepsia provocada por un shock emocional. Un trastorno que había enterrado vivas a centenares de personas a lo largo de la historia, de la manera más cruel. En su caso, fue provocada por una tensión límite en su sistema nervioso central que había terminado colapsando. Se creyó su propia muerte en las garras del oso, un pensamiento tan fuerte y aterrador que lo terminó absorbiendo como si verdaderamente hubiera sucedido.

De hecho, cuando, tras administrarle un agente dopaminérgico y otros fármacos para estimular sus sistemas cardiovascular y neurológico, Juan Manuel reaccionó por primera vez después del incidente, los especialistas tuvieron que sedarlo de inmediato, puesto que, todavía en pánico, trató de quitárselos de encima gritando frases incongruentes acerca del plantígrado que lo había alcanzado dándole muerte. Su mente no pudo concebir en un principio que seguía vivo. Todo su ataque fue resultado de su propia desesperación y miedo al creer todavía que estaba en la oscuridad de la cueva a merced del animal.

En realidad, nada de lo que tenía grabado en su cerebro había ocurrido. Todo fue producto de su imaginación al interpretar débiles sonidos y estímulos, muchos de ellos fruto de su propia percepción devastada y que amplificó en estado de pánico.

Únicamente tras el efecto de los calmantes pudo apreciar la luz del sol por fin en sus pupilas y la brisa del viento en su piel. Aún recostado a la sombra de aquellas cumbres consiguió reconocer que las personas que tenía a su alrededor no querían hacerle daño y más bien habían llegado

para socorrerlo. Su paz fue inmensa una vez se hizo consciente y dejó a un lado su propia mente enferma. Por primera vez los hermanos pudieron ver al verdadero Juan Manuel.

No parecía tener órganos dañados y lo único que le encontraron fueron múltiples contusiones y heridas, algunas en la cabeza, y un par de huesos rotos provocados por la larga y dura caída hacia la sima. Lesiones añadidas, por supuesto, al agujero limpio de bala en el muslo. Lo entablillaron y le protegieron el cuerpo con una manta térmica reflectante para subirle la temperatura que le había descendido dentro de la cueva a niveles prácticamente de hibernación, imposibles de alcanzar en estado normal.

Antes de dejar la zona, la peligrosa gruta quedó acordonada.

Por fin la urraca, al marcharse el helicóptero pudo alejarse con su polluelo muerto en el pico. La despidieron figuradamente contemplando sus elegantes colores perderse por la espesura. No llegaron a tiempo, pero al menos le evitarían tener que intentarlo de nuevo con algún otro imprudente.

Al final de la jornada Juan Manuel pudo descansar en la habitación del hospital después de muchos días. Allí tranquilo en la soledad de su cuarto miró al techo y suspiró.

—¡Cariño!

El convaleciente se volvió hacia la puerta y como una luz en la oscuridad, la visión de su mujer después de todo lo que le había pasado le indujo un llanto desconsolado.

Ella se le acercó a la cama y lo abrazó.

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué no acudiste a la cita? ¿Qué hacías tan lejos en un lugar tan poco civilizado y tú solo? —las preguntas se le agolpaban.

Juan Manuel no podía hablar.

—Te quiero —balbuceó al fin entre sollozos casi sin voz—. No quiero que lo dejemos.

—Yo tampoco... Lo solucionaremos, ya lo verás. Es lo que quería decirte si nos hubiéramos visto. —Su mujer acababa de desacreditar toda la angustia desencadenante de su brote psicótico—. Estos días me di cuenta de que estoy mejor contigo que sin ti. Y las niñas te necesitan.

—¿Dónde están?

—Abajo, esperando.

—Diles que pasen, quiero verlas.

—Primero dime qué te sucedió allí dentro. Hay dos chicos que dicen que te encontraron en una extraña situación dentro de una profunda cueva y que les agrediste. ¿Es cierto?

Juan Manuel meditó aquella historia que escuchaba por primera vez.

—No lo recuerdo.

—Te dispararon en la pierna —dijo observando las vendas que portaba alrededor de su muslo—. Me han dicho que no van a interponer denuncia, que piensan que sufriste algún tipo de enajenación mental debido a un trauma o lo que sea que te sucediera en esa cueva... ¿Qué fue, Juanma, que te pasó ahí adentro?

Juan Manuel volvió a suspirar mirando al techo. No era consciente de lo que ocurrió con los dos jóvenes ni lo que les hizo, únicamente recordó al enorme y voraz úrsido con sus temibles fauces y con su imagen en mente ya no se le erizó la piel; rememoró al hombre encerrado junto a él por aquellos delincuentes que seguro no eran tales sino posiblemente sus propios rescatadores que él no supo interpretar; a la urraca traicionera que le llevó hasta allí y que todavía desconocía por qué; y, sobre todo, se acordó de la última cerilla, aquella que de manera extraordinaria provocó la reacción en cadena y todo su miedo posterior. Y se dijo que jamás hablaría con nadie de ello. Lo que pasó en aquella cueva se quedaría para siempre en la cueva.

—Pasó que mi vida ha cambiado, Pilar.... Pasó que estaba lleno de miedos e inseguridades y la cueva me los arrancó de cuajo. Pasó que salí liberado de aquel lugar y que, a pesar de que estuve a punto de morir, no puedo estarle más agradecido ni puedo ser más feliz hoy pudiendo tenerte a mi lado. Sin ella no sería capaz de apreciarlo como lo hago ahora.

Su mujer, satisfecha por sus palabras, no insistió y se conformó con aquella bella declaración de intenciones.

Realmente lo sentía así. Nunca olvidaría aquel encuentro con los fantasmas de su mente que no le dejaron ver la realidad y que a punto estuvieron de hacerle sucumbir dejándose arrastrar por ellos. Pero que, sin embargo, lo despojaron de mucha de su cobardía.

Por fin se reconcilió con sus salvadores, pudo ver a sus hijas y rehacer su

vida. Una segunda oportunidad no está al alcance de cualquiera.

FIN